

Presencia Yugoslava en Chile

Andrés Rajević

No hace mucho, el año 1978, se celebró en Chile el centenario de la inmigración yugoslava a Chile. La fecha, en cierto modo de carácter arbitrario, puede, no obstante, considerarse acertada en lo fundamental. Pero es más que seguro que había inmigrantes de las costas adriáticas eslavas en Chile antes de esa fecha, aunque sería hoy difícil seguir sus rastros.

La emigración yugoslava a Chile fue lenta en un comienzo, debido, ante todo, a las enormes distancias geográficas, que separan esta parte del mundo del viejo continente. En aquel tiempo, a causa de los viajes obligadamente largos y sumamente inseguros, tales distancias fueron aún más notorias. Sin embargo, los croatas del litoral adriático, marinos por vocación, tradición y necesidad, sabían de estos parajes lejanos ya que desde tiempos remotos sus veleros se atrevían a doblar el temible Cabo de Hornos. Atracaban en los puertos chilenos, especialmente en Punta Arenas, para reabastecerse y reparar sus barcos. Fue seguramente la fiebre del oro la que sedujo a los primeros aventureros a desembarcar en esas tierras inhóspitas, las que hoy forman la provincia de Magallanes. En la búsqueda del oro no tuvieron mayor éxito, pero esa tierra virgen los amarró de todos modos. Se dedicaron a la ganadería y al comercio; luego, a otras actividades empresariales.

Antes de seguir con nuestra exposición, debemos recordar al lector que Yugoslavia, como organización estatal, no existía en aquella época. Los eslavos del sur —*yugoslavos*— vivían separados los unos de los otros. La gran mayoría, los habitantes de Croacia, Eslovenia, Bosnia y Hercegovina, formaban parte del Imperio Austro-Húngaro, mientras que Serbia y Montenegro tenían sus estados propios. Los yugoslavos que emigraron a Chile son en su gran mayoría croatas de las costas adriáticas, especialmente dálmatas, y fueron considerados a su llegada a Chile como *austriacos*, en circunstancias de que ellos desde un comienzo lucharon para que se les reconociera su identidad nacional.

La emigración inicial y esporádica a Magallanes, de ciertos individuos, en su mayor parte desconocidos hoy, fue la primera semilla de una corriente croata más nutrida a fines del siglo pasado, cuando la situación económica adversa en su patria dejó sin trabajo a muchos jóvenes, campesinos en general.

Al mismo tiempo, en el extremo norte de Chile, surge otro centro de inmigración yugoslava, ya que las pampas salitreras ofrecían perspectivas económicas promisorias a los que iban en busca de trabajo y fortuna. Los croatas emigraron, entonces, no sólo por motivos económicos, sino también políticos; desearon librarse del servicio militar en la armada austro-húngara, en los momentos precisos cuando se estaba preparando una guerra en la cual habrían tenido que servir como carne de cañón en defensa de los intereses que no eran suyos. Muchos debieron también escapar para evitar la persecución política que se agudizó con el acercamiento paulatino de la guerra.

La siguiente ola de la emigración croata a Chile apareció en los años veinte de nuestro siglo, inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial. El antiguo Imperio Austro-Húngaro se desintegró y sobre sus escombros se formaron varios países nuevos, entre ellos Yugoslavia, el estado independiente de los eslavos del sur, pero los problemas económicos no se solucionaron. Por eso, los jóvenes dálmatas aceptaron con agrado invitaciones de sus parientes ya instalados en Chile, quienes les enviaron pasajes pagados para venir a este país. Se produjo una emigración muy intensa, aunque de duración breve, que dejó ciertos pueblos en las islas dálmatas prácticamente sin juventud. Ella se interrumpió por la crisis económica mundial que a fines de los años veinte azotó a todo el mundo y de modo especial a los países subdesarrollados. Chile, como en general toda América Latina, perdió su atractivo para los candidatos a emigrar y sus intereses se orientaron ahora hacia otras latitudes.

Un último impulso emigratorio hacia Chile se registró al finalizar la Segunda Guerra Mundial. Se trató de los emigrantes políticos y de quienes huyeron de sus países, traumatizados por los horrores de la guerra recién terminada y por la perspectiva de una nueva, aún peor, que se vislumbraba como consecuencia de la guerra fría, desatada inmediatamente después de concluida la conflagración anterior. Por las puertas del Estadio Nacional entraron a Chile muchos yugoslavos también. Para una parte de ellos Chile representaba sólo una escala en su deambular por el mundo. En efecto, gran parte de ellos reemigró después a otros países, como Australia, Canadá, Estados Unidos, y un pequeño número retornó a su patria, y los demás se incorporaron en forma definitiva a la sociedad chilena.

La emigración yugoslava en la actualidad no se ha detenido, pero ha cambiado de rumbo. Nuestro país, al igual que toda América Latina,

no ofrece al posible emigrante grandes perspectivas económicas inmediatas. Por eso las corrientes migratorias se desviaron en los últimos años hacia Europa Occidental, Canadá y Australia, principalmente.

Pasaron ya, como se indicó, más de cien años desde que se inició la inmigración yugoslava en Chile, una inmigración relativamente numerosa. Se podría preguntar: ¿qué significado tuvo ella para este país? ¿Qué aportaron estos inmigrantes al desarrollo económico, cultural y social? En este breve artículo se tratará de insinuar algunas respuestas a dichas preguntas en forma sumaria, en el bien entendido de que esta materia merece un prolijo estudio.

La gran mayoría de los inmigrantes son croatas de la costa adriática, especialmente de las islas de Dalmacia Central, y entre éstas se destaca, por el número de emigrantes enviados a Chile, la isla de Brač, con una superficie de 390 km². Las actividades económicas de estas regiones fueron, desde los tiempos bíblicos, la agricultura, en especial de viñedos y olivares, la navegación marítima y la pesca. Cuando a fines del siglo pasado la filoxera destruyó los viñedos y los barcos a vela fueron desplazados por los buques a vapor, para un gran número de los habitantes de estas regiones no quedaba otra perspectiva que emigrar. En unos pocos años la población de la isla de Brač disminuyó en un tercio, en contraste con su prosperidad anterior que daba, incluso, trabajo temporal a la gente del continente vecino.

Los caminos de emigración eran distintos, pero en su mayor parte se dirigieron a Chile, que ofrecía, como se mencionó, dos puntos de especial atracción: Magallanes y Antofagasta.

Los emigrantes eran generalmente jóvenes solteros, hombres y mujeres. Había también casados que llegaron solos y después hicieron traer a sus familias. Su nivel cultural era relativamente bajo, algunos, aunque pocos, no sabían siquiera leer ni escribir.

Como campesinos, no tenían una profesión específica que les hubiese podido dar, en las nuevas circunstancias de la vida, un trabajo importante. Tampoco les atraía la idea de ocuparse como dependientes. En primer lugar, tanto ellos como sus antepasados fueron desde siempre dueños o arrendatarios de terrenos agrícolas, que explotaban independientemente. Difícilmente se habrían acostumbrado a trabajar por cuenta de otros. Por otra parte, los sueldos y salarios que se pagaban en aquel tiempo por el trabajo corporal no satisfacían sus aspiraciones económicas. Por lo tanto, no les quedaba más camino que el del comercio. En esta actividad se podía empezar prácticamente de nada: un canasto al hombro con mercadería fiada era el comienzo de muchos. En la medida que crecían sus negocios, crecían también ellos como comerciantes; es decir, aprendían el oficio y la lengua. Todo ello a fuerza de grandes sacrificios y privaciones. Los que llegaron después tuvieron un camino más

aliviado. Trabajaron durante un tiempo para los parientes que los mandaron a buscar. De este modo, les retribuyeron los desembolsos por el pasaje y aprendieron, a la vez, la lengua y el oficio; después se independizaron.

No obstante que entre ellos surgieron comerciantes y empresarios que se hicieron conocer por sus empresas en todo el país, el inmigrante dalmata no llevaba en sus venas la sangre de comerciante. El fue ante todo un campesino. Esa era su herencia milenaria. La actividad comercial le fue impuesta por las circunstancias en que se vio envuelto y si progresó no fue tanto por su talento para esta labor, como por su trabajo esforzado y perseverante, al cual se dedicó con un gran sentido de responsabilidad y seriedad. En el ejercicio de sus actividades estos hombres no conocían el horario de trabajo; no distinguían el día de la noche, ni domingos o festivos de los demás días de la semana. Tal modo de vivir y trabajar —más trabajar que vivir— no tenía otra recompensa que la material, muchas veces amarga. Por eso no lo quisieron para sus hijos, y pasando por encima de sus limitaciones, los mandaron a las escuelas. Podría decirse que la gran parte de los profesionales de origen yugoslavo nació y se crió detrás del mostrador en los modestos almacenes de los barrios del sur y norte chilenos. Cuando el padre moría, también en la mayoría de los casos, se terminaba su empresa. Los hijos no se interesaban en continuarlas ya que estaban en otras actividades: profesores en los liceos y universidades, médicos en los hospitales, ingenieros en las minas o fábricas, abogados en los tribunales, altos funcionarios en la administración pública.

Sin embargo, esa labor de hormigas de sus padres dejó una huella imborrable en el proceso de desarrollo del norte y del sur de Chile. Hoy día no se puede hablar de la historia económica y social de este país, especialmente de las regiones aludidas, sin mencionar profusamente los apellidos en —*íc*.

Pero también se destacaron entre ellos muchos empresarios de talento y vocación. Queremos referirnos tan sólo al grupo norteño, con Pascual Baburiza a la cabeza, quien se dedicó a la producción y comercialización del salitre. Este grupo vendió, durante los primeros años de la Primera Guerra Mundial, un tercio del total de las exportaciones chilenas de salitre de esa época. Pascual Baburiza se inició como dependiente de una ferretería y terminó como uno de los más grandes empresarios que tuvo Chile en su historia. El sobresale, además, como benefactor, de varias instituciones chilenas, entre ellas la Universidad de Chile. Su aporte más importante a la sociedad chilena es la creación del Instituto Agrícola de Los Andes, para el cual dejó la mayor parte de su fortuna.

En términos generales, la contribución más significativa de los inmigrantes yugoslavos a Chile ha consistido en entregar sucesivas generaciones a su nueva patria. A ellos se les inculcó, desde su niñez, los hábitos del trabajo, de la disciplina, el sentido de la responsabilidad, honestidad y perseverancia. Con estas cualidades, la primera promoción de los jóvenes chilenos de origen yugoslavo se destacó en las escuelas por su rendimiento, situándose después entre los más distinguidos profesionales del país.

De esta manera, el viejo y porfiado yugoslavo ha retribuido a la nación chilena la hospitalidad que ella le brindó en un momento difícil de su vida.

Como una pequeña ilustración de lo dicho, nombraremos a continuación algunos de estos profesionales cuya actuación en la vida pública tuvo o tiene papel destacado, entre otros muchos que la brevedad de este artículo nos impide citar.

Usando el refrán *la caridad comienza por casa*, quisiéramos ante todo mencionar nombres de algunas ilustres personas que trabajaron en nuestra Universidad, como, por ejemplo, a Roque Esteban Scarpa, Premio Nacional de Literatura, quien se destacó no sólo en el campo creativo literario, sino también como teórico, historiador y crítico literario. Recordaremos tan sólo sus estudios sobre Gabriela Mistral, pero tampoco se puede olvidar su labor pedagógica en las principales universidades chilenas, ejerciendo siempre altos cargos académicos. Es miembro de la Academia Chilena de la Lengua y su actual presidente.

En el mismo campo del saber se destacó Cedomil Goić, profesor de literatura hispanoamericana en la U. de Chile, ahora en Estados Unidos. Es autor de varios libros sobre su especialidad e introdujo en los estudios de literatura chilena el método estructuralista.

En el campo literario y educacional se desenvuelve también el profesor Ernesto Livacić, ex Decano de la Facultad de Educación de la Universidad Católica.

Mencionaremos también a Mateo Martinić, cuya actividad se desarrolla en Punta Arenas, territorio por excelencia *yugoslavo*. Fundador y director del Instituto de la Patagonia, organismo al que tanto debe el desarrollo del conocimiento científico de esa zona.

En la vida artística y literaria chilena, los hijos de yugoslavos también tienen gran importancia. Lo comprueban, entre otros, Lily Garafulić, la eximia escultora nacional; Roko Matjasić, ya desaparecido pintor chileno, quien llegó a Chile en su juventud, pero que se formó como artista en Chile y cuya completa obra pictórica pertenece a este país.

Entre los escritores podemos nombrar a Antonio Skarmeta, Nicolás Mihovilović, Francisco Brzović, todos ellos prosistas. Al hablar del arte dramático nos llega inmediatamente a la memoria el multifacético hom-

bre de teatro Domingo Tessier (Mihovilović) actor, director, escritor de obras teatrales y pedagogo teatral, como también con destacadas actuaciones en la televisión nacional. Junto a él, Sergio Vodanović, conocido dramaturgo chileno, autor de “Deja que los perros ladren”, entre otras obras. Y ya que hemos mencionado la televisión, recordaremos al conocido animador Antonio Vodanović. Y en el cine chileno también brilló un nombre yugoslavo: el de Alvaro Kovacević, con su muy elogiada película *NEW LOVE*, de hace una década.

En el campo del periodismo los descendientes de yugoslavos tenían y tienen destacada actuación, ¿cómo olvidar a Lenka Franulić, pionera del periodismo femenino en Chile? ¿O a Simón Eterović y Simón Stancić, de gran actividad, además, en las organizaciones gremiales de la prensa chilena?

En el campo de la música está José Goles, con sus *Estudiantes Rítmicos*, un conjunto musical de gran popularidad hace unas décadas, compuesto en su mayoría por jóvenes estudiantes de origen yugoslavo.

La medicina en Chile ha contado con un alto número de profesionales de ascendencia yugoslava, entre quienes se encuentran Juan Garafulić, Ministro de Salud durante el gobierno del Presidente Carlos Ibáñez; Alfredo Jadresić, quien fuera decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile; el actual decano de Facultad de Medicina de la Universidad Católica de Santiago, Pablo Casanegra; el director del Instituto del Radio del Hospital José Joaquín Aguirre, Juan Rajević.

Tampoco les ha sido ajeno el campo de las tareas políticas, en el cual se han desempeñado como senadores, diputados, regidores. Cabe hacer presente el caso de Radomiro Tomić, parlamentario quien llegó a ser candidato a la presidencia de la república.

En suma, en cualquier actividad de este país sonarán los apellidos terminados en *ić*: aparte de lo ya resumido, en eminentes cargos de las instituciones religiosas, en responsabilidades de la administración pública, en trabajos de las organizaciones gremiales y en el deporte.

Volviendo a los primeros inmigrantes, después de esta rápida síntesis de su actual proyección en Chile, cabe indicar que una parte reducida de ellos, la de mayor nivel educacional y la de más empuje, fue la que logró fundar las primeras instituciones de la colectividad, con carácter inicial de socorros mutuos, pero a las cuales no les eran ajenos los factores de desarrollo social y cultural. Con su patrocinio comenzaron a editarse periódicos en Antofagasta y Magallanes cuyas finalidades eran la difusión de noticias propias de la vida de la colectividad, y la propagación y defensa de ideas para la creación de Yugoslavia, la segunda, como es obvio, antes y durante la Primera Guerra Mundial. Luego se formaron organizaciones propiamente de extensión cultural, como el coro de voces masculinas llamado *Jadran* —Adriático— en recuerdo

del mar que baña las costas de su patria. Este conjunto coral, hasta hoy activo, celebró el año 1983 el cincuentenario de su existencia, por lo que pareciera ser el más antiguo de Chile con una relevante trayectoria de divulgación de la música coral yugoslava en este país.

Instituciones como ésta, como era de esperar, efectuaron sus actividades en el interior de la colectividad. Una mayor repercusión fuera de ella la han tenido las fundadas por los descendientes de los viejos inmigrantes, principalmente en Santiago, hasta donde han ido trasladándose muchos miembros de la colonia yugoslava en busca de horizontes profesionales. Entre estas instituciones se hallan el Instituto Chileno-Yugoslavo de Cultura y el Círculo de Profesionales de Origen Yugoslavo.

La labor de estas instituciones en la difusión de la cultura yugoslava en Chile, pese al empeño de algunos de sus directores y socios, no ha tenido mucho alcance. Como siempre, las distancias geográficas y la barrera lingüística son factores principales de estas limitaciones, más aún que los descendientes de yugoslavos en su mayoría no hablan la lengua de sus antepasados. Y un tercer factor que ha restringido el trabajo de estas instituciones (como las de todas las de la colectividad) es la falta de medios económicos, ya que se han mantenido gracias a los aportes irregulares de sus socios, a diferencia de algunos institutos binacionales que hay en Chile y que reciben ayuda material de sus respectivos gobiernos.

Sin embargo, estos organismos, especialmente el Instituto Chileno-Yugoslavo de Cultura, realizaron en algunas épocas de su existencia tareas de extensión cultural muy activas, ofreciendo charlas sobre la cultura e historias yugoslavas, y organizando exposiciones pictóricas, la más notable de las cuales fue dedicada a los frescos medievales yugoslavos; como asimismo, festivales de baile y música y, esporádicamente, cursos de enseñanza del idioma servio-croata, sobre el cual hubo docencia en la Universidad de Chile en el Centro de Estudio Eslavos, desde 1969 hasta 1973.

Por desgracia, en el último tiempo todas estas actividades han decaído, y las instituciones que las desarrollaban están en receso. Aparte de estas razones, que han causado la situación aludida, otra quizás no menos poderosa es la profunda asimilación de los descendientes de yugoslavos a la vida nacional chilena, por lo cual, aunque sientan orgullo por su origen, no experimentan la necesidad de tener organizaciones propias.

Sea como fuere, en los últimos años es posible observar contactos más directos con Yugoslavia y su cultura. Así ocurre con viajes de carácter turístico que incluyen, cada vez con más frecuencia, visitas a ese país, principalmente por parte de chilenos de procedencia yugoslava. También hay una notoria cantidad de becarios chilenos, descendientes o no de yugoslavos, que terminaron sus estudios universitarios en esa nación. Y en las vitrinas de las librerías chilenas, de vez en cuando, aparecen libros

de autores yugoslavos traducidos al español, pudiéndose encontrar, en ciertas ocasiones, discos y cassettes de música yugoslava.

Por otra parte, no puede desconocerse el interés de científicos sociales chilenos por el sistema socioeconómico yugoslavo de postguerra, en particular dirigido al fenómeno de la llamada autogestión de las empresas y al de la descentralización administrativa. Conviene agregar que la política internacional yugoslava de la *no alineación* ha sido, con frecuencia, materia de exámenes críticos de círculos chilenos especializados.

En esta era de rápidos avances de la tecnología de la comunicación, es muy probable que tales contactos se mantengan y se intensifiquen, y que surjan otros, lo que dependerá de los imponderables que influyen en la vida del mundo de nuestros días.

Como ya se expresara, en cierta medida, podemos afirmar que no se han dado las condiciones para que la cultura yugoslava pudiera haber influido en la chilena, porque los contactos culturales, como ya se hiciera notar, no han sido ni sólidos ni duraderos. Sin embargo, los chilenos que estudiaron o lo están haciendo en Yugoslavia, aunque no numerosos, podrían convertirse en un puente más firme de relaciones mutuas. Los que volvieron a Chile, seguramente trajeron consigo, aunque ellos mismos no estén conscientes de ello, elementos culturales específicos yugoslavos y los incorporaron en su labor profesional y en la generalidad de su diario vivir.

Ahora que las experiencias científicas y tecnológicas y los logros humanísticos, obtenidos en diversos países, se expanden por el mundo con mucha velocidad, directa o indirectamente hasta el extremo que su origen se hace incierto, pareciera que el patrimonio de la civilización resulta cada vez más común para los hombres. De esta manera, una parte del patrimonio cultural chileno y una del yugoslavo están incorporándose constantemente en ese fondo universal y es allí donde se conjugan con las culturas de los demás pueblos de nuestro mundo.

ABSTRACT

This article offers a wide view of the Yugoslavian access to Chile, while tracing its causes and establishing the patterns which permit us to appreciate the significant contribution of their descendants to the progress of our country. The author maintains that the Yugoslav element has effectively assimilated the idiosyncrasy and institutionality of the country of adoption without cutting links with the cultural heritage they brought from Europe.